

Sociológica, año 19, número 56, pp. 213-226
Septiembre-diciembre de 2004

Kant: conciencia reflexiva y proceso humanizador*

*Dulce María Granja***

El día 12 de este mes se cumplieron 200 años de la muerte de Immanuel Kant y en las principales universidades del mundo se conmemora, a todo lo largo de 2004, ese fallecimiento. Es para mi un honor reunirme con ustedes esta tarde para impartir esta conferencia homenaje con la que la Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco, participa en dichas conmemoraciones.

Quisiera hacer hoy el bosquejo de un retrato que nos permitiera contestar a la pregunta ¿quién fue Immanuel Kant?

Quizás una buena manera de empezar ese retrato sea refiriéndome a una famosa entrevista realizada por el filósofo inglés contemporáneo Brian Magee¹ a un compatriota suyo, reputado conocedor de la filosofía kantiana y vicerrector de la Universidad de Oxford, Sir Geoffrey Warnock. Quizá sea ésta una buena manera de iniciar ese retrato porque, como es



* Conferencia pronunciada en la Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco, el 18 de febrero de 2004.

** Profesora-investigadora del Departamento de Filosofía, Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Iztapalapa. Correo electrónico: granjacastro@aol.com

¹ Me refiero a la entrevista realizada para una serie de televisión que la BBC transmitió por pri-

bien sabido, los ingleses en general no se han caracterizado por profesar especial admiración hacia los filósofos alemanes, ya que en la isla ellos mismos han tenido excelentes filósofos.

En aquella famosa entrevista, Magee afirma: “Durante varias generaciones los estudiosos de la filosofía han considerado a Immanuel Kant como el filósofo más importante después de los antiguos griegos” y pregunta: “¿A qué cree usted que se deba el que Kant esté considerado tan excelentemente?” Warnock responde diciendo:

Yo mencionaría dos cualidades para justificar la gran posición que Kant ocupa en la filosofía. Creo que fue extraordinariamente profundo, en el sentido de que fue capaz de ver un problema intelectual en algo que hasta entonces se había considerado poco importante. Tenía una capacidad extraordinaria para ver dónde estaban los problemas –y ese es uno de los dones filosóficos más grandes y fundamentales que se pueden tener–; era capaz de reconocer y resolver un problema donde nadie más lo veía. Y la otra cualidad –y esto tal vez tenga relación con su profesionalismo académico– es que tenía una gran capacidad para relacionar entre sí argumentos, para ver cómo encajaban, cómo lo que dice sobre un determinado tema puede repercutir en lo que ha dicho en algún otro lugar acerca de otra cosa. Era muy concienzudo y muy metódico en ese sentido; no hay nada de desorden, descuido ni improvisación en su obra. Da la sensación de que toda su gran producción está bajo control. Tengo que decir que hace que escritores como Locke y Berkeley, e incluso Hume, parezcan principiantes, a pesar de que fueron sin duda excelentes.

Este reconocimiento, procedente de un pensador británico perteneciente a una corriente filosófica que está lejos de considerarse seguidora ferviente del sabio de Königsberg, nos invita a explorar esos dos rasgos destacados por Warnock. En esta oportunidad yo intentaré ahondar en el primero de ellos procurando sumergirme en la fuente de la que pienso que emana.

Así pues, hoy trataré de responder a la pregunta: ¿Quién fue Immanuel Kant?, haciendo un breve recuento biográfico² y centrándome en el primero de esos dos rasgos que pueden considerarse como

mera vez en 1987. Basándose en dicha serie Magee redactó posteriormente un libro, traducido al castellano por la editorial española Cátedra, en Madrid, en 1995, bajo el título de *Los grandes filósofos*. Para la entrevista a la que estoy haciendo referencia, véanse pp. 181 y ss de la citada edición.

² Una muy detallada biografía sobre Kant es la que publicó en 2001 Manfred Kuehn bajo el

los centrales de su sistema.

Immanuel Kant nació en la ciudad de Königsberg el 22 de abril de 1724 y murió ahí mismo el 12 de febrero de 1804, cuando estaba por cumplir los ochenta años. Situada sobre el río Pregel, a poca distancia del mar Báltico, Königsberg era la capital de Prusia oriental, la más remota de las provincias alemanas, alejada de la Europa “cultura”, situada en la frontera con Rusia y Finlandia. No obstante esa lejanía, Königsberg era una de las cuatro más importantes ciudades alemanas, un cruce de caminos que comunicaba comercialmente la Europa oriental con los más lejanos puertos marítimos. En la época en que nace Kant, Königsberg tiene una población de poco más de 40 mil habitantes. Immanuel fue el cuarto de los nueve hijos de una familia modesta de artesanos, matrimonio formado por Anna Regina Reuter (1697-1737) y el maestro sillero Johann Georg Kant (1683-1746).

A los ocho años Kant comienza a asistir al *Collegium Fridericianum*, institución dirigida por el jefe de la corriente pietista en Königsberg, Franz Albert Schulz, párroco, doctor en teología y profesor en la universidad. Durante los ocho años que permaneció en el *Collegium* adquirió un sólido conocimiento de las lenguas antiguas y las humanidades clásicas y se familiarizó con la literatura de los clásicos latinos. Se despertó en él gran aprecio a los poetas y amor a las bellas artes. Un acontecimiento importante en la vida del joven Kant fue la inesperada muerte de su madre, la noche de navidad de 1737, cuando él contaba con trece años de edad.

En septiembre de 1740, a los 16, Kant ingresa a la universidad de su ciudad natal donde es introducido por Martin Knutzen (1713-1751), discípulo de Alexander Baumgarten y profesor extraordinario de lógica y metafísica, en el conocimiento de la física de Newton. También asiste a las clases de teología de Franz Albert Schultz.

En 1746 muere el padre del filósofo y este último, a sus 22 años, tiene que empezar a ganarse la vida, para lo cual se emplea como preceptor de las familias nobles residentes en la campiña cercana a Königsberg. El tiempo de preceptorado, que va desde 1748 hasta 1754, fue una época de intenso recogimiento y estudio. Kant se hacía traer de la ciudad libros y revistas y estaba al corriente del pensamiento contemporáneo, sobre todo en lo tocante a las teorías científicas y a los

título *Kant* en Cambridge University Press. Esta biografía ha sido traducida al castellano en la editorial española Forte Acento, Madrid, 2003. Véase también: Jean-Baptiste Botul, *La vida*

problemas filosóficos planteados por ellas.

En 1755 regresa a la ciudad y da inicio a su carrera docente, obtiene el doctorado y la habilitación como docente libre. Desde ese momento Kant empieza, a sus 29 años, a ejercer ininterrumpidamente la enseñanza de la filosofía durante más de cuarenta años, pues impartió su última clase el 23 de julio de 1796, cuando contaba con 72 años. De hecho, Kant fue el primer gran filósofo de la era moderna que se dedicó profesionalmente a la enseñanza de la filosofía en la universidad. Antes de él, Descartes, Spinoza, Leibniz, Locke, Berkeley y Hume no habían enseñado filosofía. Ni tampoco la enseñaron la gran mayoría de los filósofos importantes del siglo posterior a Kant, el XIX, excepción hecha de Hegel. Así, Schopenhauer, Nietzsche, Kierkegaard, Marx y Stuart Mill no fueron filósofos académicos. Durante este periodo como docente libre, Kant daba muchas horas de clase (parece que algún semestre llegó hasta las 24 o 26 horas semanales) y sobre los temas más variados: lógica, metafísica, ética, pedagogía, antropología, mecánica, geografía física, geometría y trigonometría, etcétera.³

Kant tuvo un buen número de alumnos y Herder, quien escuchó sus lecciones de 1762 a 1764, nos ha dejado la siguiente descripción de él en sus *Cartas para la elevación de la humanidad*⁴ publicadas en 1797:

Tuve la fortuna de tener como profesor a un gran filósofo, a quien considero un verdadero *maestro de la humanidad*. Este hombre tenía en aquel entonces la animación propia de un muchacho, cualidad que según parece no desapareció en su madurez. Su amplia frente, hecha para pensar, era la cuna de un gozo y una amenidad inagotable; de sus labios brotaba un discurso pleno de inteligencia. Tenía siempre a su servicio las anécdotas, el humor y el ingenio, de modo que sus clases resultaban siempre tan educativas como entretenidas. En sus lecciones se examinaban las últimas obras de Rousseau con un entusiasmo sólo comparable con la acuciosidad aplicada al estudio de las doctrinas de Leibniz, Wolf, Baumgarten o Hume, por no mencionar la lucidez derrochada al explicar las leyes naturales concebidas por Kepler y

sexual de Kant, Colección Pequeños Grandes Ensayos, Universidad Nacional Autónoma de México, México D. F., 2003.

³ El catálogo completo de los cursos impartidos por Kant puede consultarse en Emil Arnoldt, *Gesammelte Schriften*, vol. 2 "Kritische Excurse im Gebiete der Kantforschung", Schöndörffer, Berlin, 1909.

Newton. Ningún descubrimiento era minimizado por él para explicar mejor *el conocimiento de la naturaleza y el valor del ser humano*. La historia de la humanidad, de los pueblos y de la naturaleza, las ciencias naturales, la matemática y la experiencia eran las fuentes con las que este filósofo animaba sus lecciones y su trato. Nada digno de ser conocido le era indiferente. Ninguna secta, ningún provecho personal y ninguna ambición ensombrecieron su celosa pasión por dilucidar y dar a conocer la verdad. Sus alumnos no recibían ninguna consigna más que la de *pensar por cuenta propia*; nada le fue más ajeno que el despotismo. Este hombre, cuyo nombre invoco con la mayor gratitud y el máximo respeto, no es otro que Immanuel Kant.

* * *

Las cuatro biografías que escribieron contemporáneos⁵ de Kant en vida, y que manifiestan que la celebridad no llegó a él sólo después de su muerte, relatan que era sociable, jovial, elegante en el vestir, ingenioso en la conversación y que sus clases en su universidad natal eran famosas por su brillantez. Kant estaba lejos de ser un tímido profesor provinciano y su celebridad rebasaba con mucho las fronteras de Alemania, pues hacia 1769, a los 45 años, había publicado ya más de veinte importantes trabajos.

Como ejemplo, baste mencionar sólo uno de ellos. Kant había publicado en 1755 su *Allgemeine Naturgeschichte und Theorie des Himmels (Historia general de la naturaleza y teoría del cielo)*, sin duda la obra científica más importante que Kant escribiera durante el periodo precrítico. Uno de los grandes méritos de este erudito y original trabajo es que propone por primera vez la hipótesis nebular del origen del sistema solar, 41 años antes de que la divulgara Laplace en su *Système du monde* (París, 1796).

Estoy persuadida de que no es exagerado decir que si esta obra

⁴ Véase: Johann Gottfried Herder, *Briefe zur Beförderung der Humanität*, p. 79. También *Sämtliche Werke*, edición de Bernhard Suphan, vol. xvii, Georg Olms, Hildesheim, 1967, p. 404.

⁵ En 1804, pocos meses después de la muerte de Kant, vieron la luz en Königsberg, simultáneamente, las tres biografías más importantes del filósofo, que junto con su correspondencia personal constituyen el manantial más completo de datos fidedignos que poseemos sobre la personalidad y la vida del pensador prusiano. Casualmente, los tres biógrafos fueron todos ellos pastores protestantes: Reinhold Bernhard Jachmann, Ludwig Ernst Borowski y Ehregott Andreas Christoph Wasianski. Los tres habían conocido a Kant personalmente: fueron alumnos y/o amigos suyos, pasearon y conversaron con él, compartieron su mesa e incluso, especialmente Wasianski, lo asistieron en los últimos días de su vida,

hubiera sido publicada en París o en Londres y no en Königsberg, Kant inmediatamente habría alcanzado la fama. Por desgracia el editor, Johann Friederich Petersen, quebró durante la impresión de la obra y sus propiedades fueron clausuradas, por lo cual el libro de Kant permaneció prácticamente desconocido para sus contemporáneos. En 1755 encontramos solamente una reseña en un periódico de Hamburgo y en 1756 una más en un periódico de Königsberg. En esta obra Kant también considera la posibilidad de vida en otros planetas.

Este es el periodo que se ha conocido como “precrítico” y al que Kant se refería como sus “años de magisterio”. Esta etapa se caracteriza por una fuerte actividad docente aunada a una franca apertura social y mundana. Fue una época de juventud, grata y laboriosa, que años más tarde, al ser evocada por Kant, la consideró “la más satisfactoria de mi vida”.⁶ Ciertamente Kant sigue padeciendo en este periodo limitaciones materiales y exceso de trabajo académico, pero su juventud y disponibilidad para adaptarse le permiten superar estos obstáculos. Si lo característico de los años posteriores de la vida de Kant, especialmente los de gestación y exposición de la filosofía crítica, será la concentración de todas sus energías vitales e intelectuales en una meta, en esta etapa, en cambio, Kant se entrega al trato social y a la anchura de la vida. Rink nos informa que durante estos años Kant “pasaba fuera de casa, en compañía de otras personas, buena parte de las tardes y las noches e incluso tomaba parte no pocas veces en los juegos; cuando no estaba convidado, comía fuera de casa, en el restaurante, en una mesa a la que se sentaban también otras personas cultas”.⁷ Así, Kant no rechaza invitaciones y frecuenta abiertamente los ambientes no académicos, los salones aristocráticos y la mesa de oficiales y funcionarios, pero sobre todo, Kant inicia en este periodo un vínculo que perdurará durante toda su vida con algunos comerciantes y hombres de negocios de la colonia inglesa, muy numerosa e influyente en Königsberg, especialmente después de la Guerra de los Siete Años, la cual se había ganado gracias a la ayuda inglesa.

En 1770 quedó vacante la cátedra de lógica y metafísica. Kant concursó por dicha cátedra y pudo así, a los 46 años, llegar a ser profesor ordinario. Con su primer sueldo fijo y seguro pudo disminuir un poco las horas de clase y dedicarse más libremente al trabajo personal. La

cuando Kant prácticamente no podía valerse por sí mismo. Las tres biografías fueron editadas por Nicolovius y llevaban el título genérico *Über Immanuel Kant*, pero cada uno de esos

década que se conoce como “década del silencio” y que corre de 1770 a 1781, año en el que apareció la primera edición de la *Crítica de la razón pura*, fue de intensa meditación; en este periodo, a diferencia de lo que hiciera antes, Kant no publicó casi nada y se dedicó enteramente a la elaboración de su sistema.

La década que corre de 1780 a 1790 fue especialmente fecunda y creativa. Además de numerosas obras de menor dimensión,⁸ en rápida sucesión se publican, una tras otra, las grandes obras fundamentales de la filosofía kantiana. Así, en 1781, pocos días después de que Kant cumpliera 57 años, aparece la *Crítica de la razón pura*; en 1783 los *Prolegómenos*; en 1785 la *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*; en 1786 los *Primeros principios metafísicos de la ciencia de la naturaleza*; en 1787 la segunda edición –con sus numerosas e importantes modificaciones– de la *Crítica de la razón pura*; en 1788 la *Crítica de la razón práctica* y en 1790 la *Crítica de la facultad de juzgar*. En esta década Kant extiende su reflexión crítica a los ámbitos especulativo, práctico, estético y teleológico; incluso podría decirse que al terminar ese periodo Kant concluyó su obra propiamente crítica. En adelante la reflexión y el método kantiano se aplicará a los problemas de la religión y la historia, el derecho y la antropología, la lógica y la pedagogía, pero en ninguna de las obras nuevas se presentarán rupturas con los trabajos fundamentales de la década de los ochenta.

A medida que pasaban los años crecía el renombre del filósofo dentro y fuera de su ciudad. Por seis ocasiones fue decano de su Facultad; dos veces fue rector de la Universidad y fue también miembro permanente del Senado universitario. Fue asimismo miembro de la Academia de Berlín, de la de San Petersburgo y de la de Viena. Kant fue un hombre profundamente honesto. No buscó otro medio para vivir fuera de su trabajo tenaz, riguroso y perseverante. No se dejó fascinar por el dinero ni por la fama y su filosofía resume libertad de espíritu y amor a la verdad.

tres trabajos tiene un título específico.

⁶ Véase: la carta que Kant envía a Lagarde con fecha del 25 de marzo de 1790.

⁷ Friedrich Theodor Rink, *Ansichten aus I. Kants Leben*, Königsberg, 1805, p. 22.

⁸ En 1784 se publica *Idea de una historia universal en sentido cosmopolita*; en ese mismo año se edita *Respuesta a la pregunta ¿qué es la ilustración?* En 1785 aparece, en la *Allgemeine Litteraturzeitung*, la reseña del libro de Herder “Ideas sobre la filosofía de la historia de la humanidad”; en ese mismo año la *Berlinische Monatsschrift* publica tres artículos de Kant:

* * *

He dicho que Kant fue el primer gran filósofo de la era moderna que se dedicó profesionalmente a la enseñanza de la filosofía en la universidad y que tanto antes como después de él la mayoría de los filósofos importantes no enseñaron filosofía. En la era moderna, sólo al llegar al siglo xx, nos encontramos con que casi todos los filósofos importantes son académicos. Yo considero que esta profesionalización es inevitable, entre otras razones, por lo que diré enseguida refiriéndome a lo que Kant, el primero de los grandes profesores, consideró como la esencia del proceso educativo.

La universidad es hoy en día la promotora por excelencia del humanismo y la cultura porque una de sus tareas fundamentales es la educativa,⁹ es decir, la tarea de formación de seres humanos mediante el desarrollo de la actitud crítica. De hecho, podría decirse que el proceso educativo es un proceso humanizador, o en otras palabras, un proceso de construcción de nuestra propia identidad personal mediante el ejercicio de la conciencia reflexiva. Sin duda, corresponde a Kant el mérito histórico de haber ofrecido por primera vez una sólida argumentación capaz de dar cuenta y razón de por qué la dignidad del ser humano radica en su capacidad de construir su propia identidad, en su libertad para forjar su personalidad propia mediante el desarrollo de la actitud crítica. En efecto, Kant nunca confundió el quehacer personalísimo y propio del ser humano con la incorporación a un determinado grupo donde se garantice una verdad definitiva.

Ya en la antigüedad clásica Sócrates nos enseñó que una de las tareas esenciales del filósofo es la formación de seres humanos, la educación por medio de la transmisión de una actitud crítica. Si a Descartes se le llama “el padre de la filosofía moderna”, hay que llamar a Kant su pedagogo. El padre da la vida al hijo, pero el pedagogo lo educa y ésta es la función de Kant en la historia.

Según vimos, Warnock consideró que uno de los principales méritos de Kant es que tiene una capacidad extraordinaria para hacer que una enorme cantidad de ideas encajen de un modo sistemático, global, armonioso, integral (“holístico”, como suele decirse hoy en

“Sobre los volcanes de la Luna”, “Sobre la ilegalidad de la falsificación de libros” y “Sobre la definición del concepto de raza humana”. En 1786 ven la luz numerosas publicaciones, entre las que destacan dos: *Probable inicio de la historia humana* y *Qué es orientarse en el pensamiento*.

día). Por eso creo que es importante tratar de remontarnos a lo que creo que fue la preocupación más amplia y fundamental de Kant y que verdaderamente dio lugar a todo su sistema filosófico.

Kant pensó que hay un núcleo de problemas que podrían calificarse como problemas *cardinales* cuya solución constituye *el objetivo final* al cual la razón humana encamina todos sus esfuerzos; problemas frente a los cuales *todos los demás problemas poseen el valor de simples medios*; problemas ante los cuales es *imposible simular indiferencia*. Para Kant estos problemas eran: la existencia de Dios, la libertad de la voluntad y la inmortalidad del alma.

Según Kant, en estos tres temas radica la clave de la respuesta a tres preguntas que resumen todos los intereses y afanes de la razón. En mi opinión esas son las tres preguntas radicales que Kant trató de resolver: ¿Qué puedo saber?, ¿qué debo hacer?, ¿qué puedo esperar?, y que, decía Kant, se pueden resumir, a su vez, en una sola: ¿Qué es el hombre? De hecho, creo que me atrevería a afirmar que si hoy estuviera aquí Kant y le preguntáramos: Profesor Kant, ¿qué es la filosofía?, nos respondería diciendo: “La disciplina que se encarga de responder tres preguntas fundamentales: ¿Qué puedo saber?, ¿qué debo hacer? y ¿qué puedo esperar?”

Así pues, en el núcleo de la antropología filosófica que Kant nos ofrece está el tema crucial de las relaciones entre *conocer*, *creer* y *obrar*. Me centraré esta tarde en la segunda pregunta: ¿Qué debo hacer?

En efecto, parece que existe un conflicto entre los conocimientos de las ciencias de la naturaleza y nuestras creencias éticas y religiosas fundamentales. Las ciencias naturales nos enseñan que *todo* lo que ocurre en la naturaleza *está determinado* por sucesos anteriores. O en otras palabras: en todos los acontecimientos del mundo natural encontramos que siempre existe una ley con base en la cual se puede decir que, dadas las condiciones previas, *lo que ha ocurrido es lo único que podía haber ocurrido*.

Para el gran maestro de Königsberg no sólo somos seres pertenecientes al reino de la naturaleza gobernado por el mecanicismo ineluctable. Además somos seres racionales, es decir, seres con una conciencia reflexiva que nos lleva más allá del reino de la naturaleza para confrontarnos con el reino del deber. Sólo un animal que esté dotado de razón se hace cuestión de su libertad y se plantea la pregunta: ¿qué debo hacer?

Esta pregunta nos introduce en un orden de cuestiones de vital importancia para el ser humano: el orden moral. Y digo de vital importancia porque nada en la vida humana es más real que tener que tomar decisiones “según la idea de libertad”. Esto significa que el ser humano no es un mero objeto entre otros, sino un sujeto de cuya acción libre depende la configuración de la personalidad propia, pues en cada decisión el ser humano se pone en juego a sí mismo. Detengámonos brevemente en esta idea kantiana según la cual el proceso educativo es el proceso de construcción de la propia identidad.

Para Kant es un hecho innegable que la mayor parte de los seres humanos tenemos *convicciones morales que nos resulta imposible ignorar aunque lo deseemos*. Es un hecho innegable que constantemente proferimos juicios en los que hacemos una evaluación moral de nuestra conducta o de la conducta de nuestros semejantes. Así, por ejemplo, decimos:

- a) ese funcionario es corrupto, aquél otro es honesto;
- b) esa periodista es veraz, aquélla otra falsea la información;
- c) ese empresario es indiferente ante la pobreza ajena, aquél otro no lo es.

¿Qué está implícito en estos tres juicios? Está implícito que el funcionario *debe* ser honesto, que la periodista *debe* ser veraz y que el rico empresario *no debe* ser indiferente ante la necesidad ajena. Es decir: está implícito que *la moralidad nos hace exigencias. Terminantes, sin excepción, inexcusables, no sujetas a condición alguna*.

Kant se pregunta: *¿Tenemos derecho a tener convicciones morales?* o, en otras palabras: *¿Qué justifica las exigencias morales?* Y se esforzará por presentarnos una respuesta. Llamaré a esta pregunta *la pregunta normativa* o *la pregunta por la normatividad*.¹⁰

Para que las convicciones morales tengan validez, o incluso significado, para que los conceptos morales básicos como *bueno, malo, justo, injusto*, etc., tengan validez o significado, *es necesario que tengamos libertad de elección*, o en otras palabras, *es necesario que podamos ejercer nuestra voluntad*, pues de no ser así cualquier intento de evaluación moral es inútil y carente de sentido (dicho de manera

⁹ Un examen más detallado de la concepción kantiana del proceso educativo puede verse en D. M., Granja, “*Sobre las lecciones de Pedagogía* de Immanuel Kant: consideraciones en

descarnada: la vida humana sería una farsa, una comedia; permanentemente estaríamos actuando a ser “buenos” o a ser “malos”).

Esto significa que la *perspectiva o posición desde la que surge la pregunta normativa es la posición de primera persona, la perspectiva del agente que exige una justificación de las exigencias de la moralidad.*

En otras palabras: la pregunta normativa sólo se puede plantear (y sólo se puede resolver) desde *la perspectiva de la primera persona.*

La posición de la primera persona es la posición del “yo personal” que *desde dentro de sí tiene que decidir* si actúa de un modo o si actúa de otro, es la posición en la que se encuentra nuestro yo cuando *reflexionamos sobre qué hacer* (en nuestros ejemplos: la posición de la primera persona es la posición de la *conciencia interior* del funcionario que decide entre ser corrupto o ser honesto; es la posición de la periodista que en su *fuero interno* toma la decisión de ser veraz o de mentir; es la posición del *Tribunal de la Conciencia* del rico industrial en el cual hace la elección de ser solidario o de ser insensible ante la pobreza).

Así pues, podríamos decir que *libertad es la capacidad de actuar de un modo o de otro modo.* Esta capacidad sólo se descubre en la reflexión que hace un yo desde su perspectiva de primera persona. Esta libertad *no* es una propiedad que puedan ver todos aquellos que estudian las deliberaciones del agente desde fuera de éste, desde la perspectiva externa de la tercera persona.

Regresando a nuestros ejemplos, podemos hablar del periodista *fulano* en *tercera persona* intentando explicar por qué, por ejemplo, falseó cierta información (difamó, calumnió, destruyó el buen nombre de alguien), atribuyendo su conducta a factores y circunstancias naturales o sociales que lo obligaron a actuar como lo hizo (una presión laboral, una dificultad económica, un compromiso social, un resentimiento o una venganza).

Sin embargo, no podemos hacer esto mismo cuando cada uno de nosotros habla en nombre propio, refiriéndose a sí mismo en *primera persona*. Sería totalmente inadmisibile que yo dijera: “no puedo actuar de otra manera”, o “las circunstancias me obligan a actuar como lo hago”, pues estaría sencillamente dimitiendo de mi condición de persona para pasar a considerarme como una cosa más, sometida como el resto de las cosas a la forzosa ley de la causalidad; estaría pretendiendo renunciar a la humana carga de ser dueña de mis actos. Y

eso (que fue lo que Jean Paul Sartre llamó la “mala fe”) es lo más indigno que un ser humano puede hacer, pues equivale a renunciar a su condición de ser humano, a situarse por debajo de su propia dignidad.

En realidad nadie puede decir “las circunstancias me obligan a actuar como lo hago” sin caer en contradicción, porque al decir tal cosa *ya está eligiendo un modo de actuación*, sólo que prefiere autoengañarse y no reconocerlo así, intenta eximirse tramposamente del riesgo de la libertad. En realidad, no podemos dejar de ser libres. Estamos, recordando nuevamente a Sartre, “condenados a ser libres”.

Al ser humano se le plantea la pregunta: ¿qué debo hacer?, y necesita contestarla. Y para contestarla no le basta con haber respondido a la pregunta sobre “qué es lo que puede conocer”, es decir, no le basta con la ciencia. En efecto, la ciencia, tanto la natural como la social, le puede proporcionar indicaciones muy útiles *sobre las condiciones en que tiene que elegir* un curso de acción u otro y *sobre las consecuencias* de uno y otro, pero no puede elegir por él. La decisión es suya y sólo suya.

Kant define a la *voluntad* como *razón práctica*. Esto significa que no puede concebirse que la voluntad *elija y actúe sin razón alguna*. Dado que las razones se derivan de principios, la voluntad debe tener principios. Lo que Kant trata de hacer en su filosofía moral es *extraer del concepto de racionalidad los principios esenciales de la moralidad*. Lo esencial de cualquier agente sobre el que se pueda hablar o pensar desde el punto de vista de la moralidad es que debe ser racional, es decir, capaz de buscar razones, de presentar y de exigir razones a favor o en contra de hacer esto o aquello. Kant argumenta haciendo ver que *los requisitos esenciales de la moralidad se encuentran en el mismo concepto de racionalidad*.

Este me parece que es un punto enormemente importante, pues significa que si hay una actividad que ha de ser objeto de escrutinio racional público, que debe ofrecer razones que han de ser sometidas a evaluación racional, es la actividad moral. En efecto, nuestras razones son públicas en esencia; en otras palabras: es una contradicción hablar de una “razón” que no puede ser objeto de discusión pública.

Por otra parte, si la *voluntad debe ser libre*, esto significa que *no puede imponérsele desde fuera ningún principio o ley*. Kant concluye que la voluntad *debe ser autónoma*, es decir, debe tener su *propia ley*

o principio, pues si esta ley o principio se le impusiera desde fuera, la voluntad ya no sería libre. La voluntad *debe hacer su propia ley*, o en otras palabras: la voluntad debe ser una ley para sí misma.

Así llegamos a la pregunta que constituye el corazón del problema: *¿Cómo puede la voluntad hacer una ley y no otra?* Dicho en palabras muy llanas: *¿De cualquier dictado de mi voluntad puedo derivar una razón para obrar?* La respuesta de Kant es rotunda: *no* cualquier dictado de la voluntad puede proporcionar razones para obrar y verse, entonces, constituido en ley de la voluntad.

Así pues, la pregunta *¿cómo puede la voluntad hacer una ley y no otra?* se ha transformado en la siguiente: *¿Cuál es el criterio que nos permite determinar si un dictado de la voluntad proporciona razones para obrar?*

Kant llama a este criterio *imperativo categórico* y sostiene que tiene tres formulaciones básicas; yo sólo citaré ahora la segunda de ellas, la llamada fórmula de la humanidad, la cual reza así: “Obra de modo tal que en la máxima de tu voluntad consideres a la humanidad, tanto en tu persona como en la de los demás, siempre como un fin en sí mismo y nunca como un mero medio”.

Esta concepción del principio de la moralidad que Kant propone exige que la vida humana se desarrolle en *un reino de los fines*, es decir, en una comunidad abierta e incluyente en la que todos los seres humanos nos hemos de reconocer como libres e iguales (es decir: como capaces de autodeterminarnos y como universalmente legisladores). En realidad, podría decirse que la moralidad es simplemente la forma que toma la vida humana. *No hay forma de vida humana que no sea la forma moral de la vida.*

En resumen, podríamos decir que la ley moral es la ley que se extiende sobre todo ser racional; es la ley que impera en lo que Kant llamaba el “Reino de los fines”, y que yo podría traducir como la República de todos los seres racionales (o, en otras palabras, un *sistema cooperativo factible en el que pueda integrarse todo ser humano*).

En esta concepción de la ley moral que Kant propone no sólo está en juego la posibilidad de una comunidad humana en la que sus integrantes tienen *dignidad*, no precio. También está en juego la concepción de nuestra *propia identidad* personal, pues valorar nuestra propia humanidad implica, conlleva o supone (según lo dicho anteriormente) valorar la de los otros. En efecto, valorar nuestra propia

humanidad equivale a tener identidad moral. Tener “identidad moral” es ejercer nuestra capacidad racional, nuestra conciencia reflexiva que cuestiona y evalúa los principios mismos de la moralidad, las formas de vida, los valores y los sistemas de normas que nos ha transmitido la tradición. Lo que aquí está en juego es la *concepción que tenemos de nosotros mismos*.

Por esta concepción que tenemos de nosotros mismos nos valoramos, le encontramos sentido a la vida y consideramos que nuestras acciones merecen emprenderse. Las concepciones de nosotros mismos a las que más importancia les concedemos son aquellas que dan lugar a *obligaciones incondicionales*, pues contravenirlas equi-vale a perder la integridad y, por ende, a *perder* la identidad. Esto equivale a estar muerto o algo peor aún, pero ¿qué podría ser peor que estar muerto? Respondo diciendo: no ser uno mismo y estar vivo. Así pues, la ley moral encarnaría, en palabras de Sócrates, “aquello por lo cual la vida vale la pena de ser vivida”.

* * *

Considero que la fuerza de la obra de Kant radica precisamente en ser un ejemplo estimulante y eficaz de reflexión crítica y autonomía, que no sólo nos recuerda que “nada es tan difícil como no engañarse”, sino que además nos alienta para buscar nuestro propio camino y para pensar por cuenta propia. Por ello Kant, lejos de ser el convidado de piedra en el escenario filosófico contemporáneo, es el interlocutor insoslayable en la discusión filosófica de hoy.

De la misma manera como Sócrates, el más grande educador de la antigüedad, cambió por completo la faz de la filosofía con la consigna “Conócete a ti mismo” que le diera el oráculo y empujó al pensamiento filosófico por la senda en la cual estamos todavía hoy, Kant modificó irreversiblemente el escenario filosófico de la modernidad y ante la pregunta ¿qué debo hacer? nos responde diciendo: “Atrévete a pensar por cuenta propia y sé plenamente tu mismo”.